

2021-02-03

La hospitalidad como relación sagrada y compromiso ético con la humanidad en tiempo de crisis

Catherine Jaillier Castrillón
Universidad Pontificia Bolivariana, catherine.jaillier@upb.edu.co

Leidy Diana Vargas Ramírez
Universidad Pontificia Bolivariana, leidy.vargas@upb.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Jaillier Castrillón, C., y L.D. Vargas Ramírez (2021). La hospitalidad como relación sagrada y compromiso ético con la humanidad en tiempo de crisis. *Revista de la Universidad de La Salle*, (84), 105-122.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.



La hospitalidad como relación sagrada

y compromiso ético con la
humanidad en tiempo de crisis*

Catherine Jaillier Castrillón¹
Leidy Diana Vargas Ramírez²

■ Resumen

Este artículo de reflexión busca ser un aporte a la situación que ha enfrentado el mundo entero ante la enfermedad covid-19, sus consecuencias y los retos que aparecen en el horizonte. Las preguntas que orientan esta reflexión son: ¿cómo comprender la hospitalidad como relación sagrada y compromiso ético en medio de la pandemia y la pospandemia?, ¿puede la hospitalidad ser una de las vías para lograr el desarrollo humano integral, además de ser un horizonte con sentido? Desde la academia, a la luz de los textos bíblicos y de análisis basados en la filosofía práctica, se realiza un ejercicio hermenéutico que desea contribuir e

* Artículo de reflexión.

1 PhD en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana. Investigadora junior del grupo de investigación en Teología, Religión y Cultura. catherine.jaillier@upb.edu.co

2 Magíster en Estudios Políticos de la Universidad Pontificia Bolivariana. leidy.vargas@upb.edu.co

iluminar el camino a seguir como humanidad. Asimismo, este texto se propone repensar la hospitalidad como una virtud con la fuerza normativa para incidir en la reconstrucción del tejido social que tenga como nexo la fraternidad.

Palabras clave: hospitalidad, covid-19, desarrollo humano integral, fraternidad.

Introducción

El papa Francisco, en su carta encíclica *Laudato Si'* (2015) —con la que conmemoró sus cinco años de servicio—, hizo una invitación clara al compromiso del hombre con este mundo que habitamos, con la casa que nos hospeda durante este tiempo de peregrinaje que llamamos vida; propuso un compromiso para la familia humana que él ha llamado *desarrollo sostenible e integral*, que hoy, más que nunca, es imprescindible, pues la pandemia ocasionada por la enfermedad covid-19 ha llevado a la humanidad a repensarse, hacia una conversión que implique una mayor responsabilidad con la vida. Escribió el papa Francisco:

El desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar. El Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, no se arrepiente de habernos creado. La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común. (2015, n.º 13)

Estas exhortaciones —junto con su esfuerzo al convocar al Sínodo Panamazónico— tienen un carácter profético ante la situación de fragilidad mundial por causa de un virus, cuya cifra estadística de mortalidad y contagio comienza a reflejar la relación directa e interdependiente de la especie humana entre sí y con la naturaleza entera. El planeta ha sido hospitalario y, a su vez, nos pide saber habitar y proteger al hermano que requiere de acogida y cuidado.

En tiempo de crisis, las preguntas esenciales resuenan con una fuerza particular, las palabras sobre las que se han edificado las sociedades vienen a flote como faros que iluminan el camino para reinterpretar al ser humano y su condición en el mundo: vida, fraternidad, hospitalidad, libertad, igualdad, solidaridad aparecen de nuevo en la academia. En el punto de inflexión en el que la humanidad se encuentra, este texto se propone repensar, a la luz de la Sagrada Escritura, la hospitalidad como una virtud con la fuerza normativa para incidir en la reconstrucción del tejido social que, además, tenga como nexo la fraternidad. Esta idea se desarrollará en tres momentos: una contextualización que se ha querido denominar “en tiempos de crisis”; un acercamiento a la hospitalidad a través de sus raíces etimológicas y según la tradición judeocristiana presente en algunos pasajes bíblicos; por último, la hospitalidad como compromiso ético para lograr el desarrollo humano integral.

En tiempos de crisis

El mundo globalizado pasa por un momento histórico de asepsia y distanciamiento social para evitar el contagio de un virus que ha puesto en jaque a toda la condición humana, recordando nuestra fragilidad como especie. Esto ha impulsado procesos de reflexión e introspección para generar cambios que transformen el rumbo que se venía teniendo como humanidad. En palabras del historiador Yuval Noah Harari (2020):

La humanidad enfrenta ahora una crisis global. Quizás la mayor crisis de nuestra generación. Las decisiones que la gente y los gobiernos tomen en las próximas semanas probablemente darán forma al mundo en los años venideros. No sólo darán forma a nuestros sistemas de salud, sino también a nuestra economía, política y cultura. (s. p.; traducción propia)

Ante momentos como estos, la teología no puede permanecer ausente en esta acción de repensarse de la sociedad, porque la pregunta por Dios trae siempre implícita una pregunta por el hombre. Entonces, este momento histórico de crisis implica tomar las riendas, decidir y evaluar las formas como se

han hecho las cosas y cómo podrían cambiarse. Al respecto, Víctor Codina S.J. (2020) escribió:

hay humanistas que señalan que esta crisis es una especie de cuaresma secular que nos concentra en los valores esenciales como la vida, el amor y la solidaridad, y nos obliga a relativizar muchas cosas que hasta ahora creíamos indispensables e intocables. De repente, baja la contaminación atmosférica y el frenético ritmo de vida consumista que hasta ahora no queríamos cambiar. Ha caído nuestro orgullo occidental de ser omnipotentes protagonistas del mundo moderno, señores de la ciencia y del progreso. En plena cuarentena doméstica y sin poder salir a la calle, comenzamos a valorar la realidad de la vida familiar. Nos sentimos más interdependientes, todos dependemos de todos, todos somos vulnerables, necesitamos unos de otros, estamos interconectados globalmente para el bien y el mal. (s. p.)

La dualidad evidenciada por Codina entre el distanciamiento social y la mayor valoración de la vida familiar, de la presencia y cercanía física de los seres queridos, da cuenta del vínculo profundo que une a los seres humanos en cuanto tales, más allá de su condición social, etnia o grupo cultural; aunque en la contemporaneidad aparecía desdibujado este nexo, en el tiempo de crisis planetaria como lo es la pandemia, emerge de nuevo como una condición humana fundamental. Esta crisis, a la luz de la escritura, puede indicar una nueva alba para la sociedad.

Según su origen etimológico, la palabra *crisis* se puede entender como 'separar, decidir y juzgar los hechos'. Para Kittel, Friedrich y Bromiley (2002), el término griego tiene varios significados y usos en el campo bibliocoteológico, entre ellos *κρίσις* (juicio); y, como dato lingüístico, se encuentra la palabra *κρίνω*, que significa 'separar'; luego 'seleccionar', 'decidir', 'juzgar', 'evaluar', 'ir a juicio', 'buscar justicia'; también 'explicar', 'creer' y 'resolver'. La Biblia de Los Setenta usa *κρίνω* principalmente para términos legales, y puede denotar liberación de los oprimidos (Sal 72,2). El sentido del NT es habitualmente 'juzgar', con Dios o el hombre como sujeto, ya sea en sentido oficial o personal. Asimismo, encontramos 'determinar', en Hch 16,4; 'valorar', en Rom 14,5; 'considerar como', en Hch 13,46; 'pensar,' en Hch 15,19; y 'gobernar', en Mt 19,28 (sentido bíblico).

La indicación bíblica es clara, una crisis contiene en sí el espacio para buscar la justicia, para pensar y gobernar; puede ser el momento de inflexión que nos lleve a iluminar con la razón y el buen juicio las prácticas sociales que pueden hacer que la convivencia se convierta en una construcción de comunidad.

Posiblemente unos de los factores que más ha evidenciado la pandemia de la covid-19 es la profunda interdependencia existente entre los individuos, las comunidades y los Estados, que se ha manifestado en la vulnerabilidad compartida por todos los seres humanos, una fragilidad global que confronta la existencia, la vida y la muerte, lo importante y lo relativo: “lo que los seres humanos tienen en común no es la racionalidad, sino el hecho ontológico de su mortalidad; no es su capacidad de razonar, sino su vulnerabilidad al sufrimiento” (Honig, 2010, p. 1). Este caminar mundial es similar a andar en el desierto, con incertidumbres y espejismos; es un tiempo de prueba y de relación comunitaria. Ya Israel en su experiencia de fe lo vivió, lo experimentó como pueblo de Dios. No es tiempo de elaborarse ídolos o de discutir por poderes e intereses individuales, es un llamado a la fraternidad universal, ya no como una utopía absurda, sino como camino de supervivencia. Así se expresaba Edgar Morin en el cambio de milenio:

Debemos asumir la incertidumbre y la inquietud, debemos asumir el *dasein*, el hecho de estar allí sin saber por qué. Cada vez habrá más fuentes de angustia, y hará falta cada vez más participación, fervor, fraternidad, las únicas que saben no sólo aniquilar, sino también rechazar la angustia. El antídoto es el amor, la réplica —no la respuesta— a la angustia. Es la experiencia fundamentalmente positiva del ser humano, donde la comunión, la exaltación de sí, del otro, alcanzan su punto superior. (Morin y Kern, 2006, pp. 196-197)

El filósofo francés es claro: se necesita de la comunión, de la relación plena con el otro, para superar el estado de desconcierto, de angustia propia de la crisis, y esto se alcanza a través de la fraternidad. Al respecto, escribe Antonio Baggio:

En la fraternidad, de hecho, se puede experimentar la máxima participación, la unidad profunda con los demás y, al mismo tiempo, el desarrollarse armónico de

la diversidad; la fraternidad es la asunción de responsabilidad y de decisión libre pero compartida, sobre sí mismo y sobre los demás. Es una nueva experiencia de encuentro humano que supera la soledad y las divisiones y hace experimentar de una forma nueva la identidad personal como identidad relacional. (2014, p. 459; traducción propia)

Se trata de una opción ética y política no basada en un vínculo privado o de sangre, sino en una apertura existencial a un compromiso con el otro y su condición de vida, “la fraternidad universal es pensada esencialmente desde abajo, a partir de una ascendencia y una naturaleza comunes de todos los humanos. Se refiere a algo que está detrás de la historia, a una naturaleza humana previa a la historia” (Ratzinger, 2005, pp. 32-33; traducción propia).

La fraternidad ha encontrado en la hospitalidad, la acogida y el cuidado manifestaciones de esa opción ético-política por cultivar una relación con el otro que precede a las personas y que, al mismo tiempo, demanda su más plena participación, aquella que hace emerger la responsabilidad frente al otro, quien quiera que este sea. La hospitalidad, la acogida y el cuidado conducen al *ethos*, la morada, el lugar en donde se habita y se gesta la relación consigo mismo y con los otros. De hecho, para Aranguren, *lética* viene del vocablo *ethos*, que puede tener dos sentidos fundamentales: el primero, y más antiguo, “‘residencia’, ‘morada’, ‘lugar donde se habita’” (2003, p. 594); el segundo significado indica también el suelo firme, el fundamento de la praxis, la raíz de la que brotan todos los actos humanos; de esto podemos inferir que las acciones y las elecciones de las personas tienen una raíz común con la morada, con la capacidad de acoger la diversidad propia del otro. Para los cristianos, este lugar donde se habita, esta historia de la humanidad y su devenir están ligados a un proyecto mayor y salvífico. Desde el punto de vista teológico, por el misterio de la Encarnación, Dios mismo deseó habitar entre nosotros y poner su morada, “la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros” (Jn 1,14); Dios quiso así, acercarse y hospedarse en la tienda de la humanidad por su deseo, voluntad y amor. Por Jesucristo somos hermanos, lo que afianza nuestra dimensión fraterna y de familia humana, esto implica que la relación entre todos lleve al cuidado, protección y acogida, en especial, por el más débil.

Raíces de la hospitalidad

La palabra *hospitalidad* viene del latín *hospitālītās*, *hospitalitāti*, que indica “virtud que se ejercita con peregrinos y desvalidos, recogiénolos y prestándoles asistencia” (Segura, 2014, p. 270), así como el valor de cualidad o disposición de ánimo acogedora por parte del anfitrión. Tanto el mundo grecorromano como la tradición judía y oriental tienen en sus dinámicas relacionales con el extranjero o el forastero una responsabilidad de cuidado y acogida; de manera que un comportamiento apropiado recae en beneficio de la persona que ha sido acogida y para él, pues es un modo de actuar noble, con bondad y bien reconocido por los dioses: Zeus o Júpiter; y Yahveh.

También, se utiliza para referirse a asilo para los necesitados, habitación para un huésped, lugar de acogida o sitio para hacer diagnóstico y tratamiento para las personas. La *filoxenia* φιλοξενία es el término griego para indicar el amor a los extraños, práctica de la hospitalidad. El apóstol Pablo, en la carta a los Romanos dice:

Vuestra caridad sea sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndoos al bien; amándoos cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros; con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso; sirviendo al Señor; con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. (Rom 12, 9-13)

Acoger con bondad y hospitalidad es una práctica religiosa rastreada en culturas distantes entre sí en espacio y tiempo, como el mundo semítico y los pueblos amerindios (Ortiz, 1973); mientras que la identificación de la presencia de Dios en el extranjero o desconocido, es propia de la tradición judeocristiana. Tal es el caso del relato de Abraham y Sara, quienes acogieron a tres forasteros, les lavaron los pies, les dieron de beber y de comer, y les sirvieron con generosidad, sin saber que estos tres eran presencia divina, y Dios los bendijo con el hijo que al tiempo iban a engendrar (Cfr. Gen 18, 2-8). Este es un ejemplo de hospitalidad para los musulmanes, los judíos y los cristianos. Al respecto, escribe el teólogo Juan Carlos Scannone:

Se trata de un habitar divino en el finito, a través de la hospitalidad que acoge al otro, sobre todo al pobre o al extranjero. Pues tanto en el huésped como en el anfitrión, Dios dejó su huella. Por consiguiente, dicho "en" está referido tanto al rostro de quien interpela incondicionadamente desde su altura ética y es (o no) acogido, como también a la actitud ética del que, hospitalariamente, le abre las puertas de su morada. (2005, p. 254)

Esta doble implicación que evidencia Scannone: acogida para el forastero y bendición para el anfitrión, hace parte de la consciencia de vivir como itinerantes en esta tierra o forasteros en territorio extranjero, fundamento ético de atención por el otro. Además, la experiencia de prueba del desierto para alcanzar la tierra prometida se convierte en memoria permanente para saber obrar. Esta acogida debe hacerse con amor y sin fingimiento, por voluntad y convicción del acto, lo que a su vez se convierte en condición normativa, como lo señala José Cervantes, refiriéndose al deber de la hospitalidad que era parte de las costumbres de los beduinos del desierto y los pueblos nómadas,

En el AT son muchos los pasajes que presentan la hospitalidad con el forastero como un deber natural del israelita. La Biblia describe a los Patriarcas como pastores seminómadas que se regían por el llamado "código del desierto", un código no escrito que tenía como uno de sus pilares básicos la hospitalidad con el forastero. (2005, p. 227)

Códigos no escritos que, con el trasegar de los años, fueron tomando forma de código y de ley. Por esto, en el Antiguo Testamento se pueden encontrar el Código de la Alianza, el Código Deuteronomista, el Dodecálogo Siquemita y la Ley de Santidad, que ponen la mirada en el peregrino, el emigrante e inmigrante. El trato que exige cada uno de estos códigos está relacionado con la justicia y la solidaridad (Cervantes, 2005); además, insisten en no oprimir en cuestiones de trabajo, ni explotar al jornalero: "cuando siegues la mies en tu campo, si dejas en él olvidada una gavilla, no volverás a buscarla. Será para el emigrante, el huérfano y la viuda, a fin de que Yahvé tu Dios te bendiga en todas tus obras" (Dt 24,19-22).

Por otra parte, y con un cierto tono de ironía, hay un pasaje del Antiguo Testamento en el que una mujer viuda de Sarepta acoge como huésped al profeta Elías (Cfr. 1 Re 8-24). Una mujer pagana, y viuda, con un hijo, en medio de la sequía y las dificultades lo da todo: un poco de harina y aceite, para hacer un pan para este hombre. Ella hizo lo que el profeta pidió, y no les faltó ni harina, ni aceite a su familia. Dios protege a quienes acogen en casa al forastero, y bendice siempre este acto solidario. La protección de Dios enseña la protección hacia los demás.

Quien lo necesite, debe ser protegido, porque también el pueblo de Israel vivió el desierto, el éxodo, los trabajos para poder sobrevivir en medio de otras culturas y el anhelo de una vida buena y justa. Una común-unidad en la experiencia del dolor impulsa a obrar con generosidad para proteger al desvalido. La tierra, don de Dios, produce para todos: los residentes, los extranjeros y los más necesitados. De igual forma, lo que se trabaja debe alcanzar para que nadie pase hambre y dificultad; al menos, esto es lo que poco a poco va expresando el texto bíblico tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

La hospitalidad cristiana siembra sus raíces en la vida. Un testimonio de Jesús sobre los pequeños y los que sufren está en el Evangelio de Mateo, en el capítulo 25 —que hace parte del discurso escatológico—, en el que se hace alusión al juicio y la selección, a la decisión que se concreta en los hermanos; es un juicio a la luz de la misericordia y el amor. También, las cartas de Clemente Romano a los Corintios y de Ignacio de Antioquía manifiestan lo pesado que puede ser acoger y ser hospitalario, pero, a su vez, la gratitud que se desprende de este acto generoso:

la hospitalidad era una carga bastante pesada para las comunidades cristianas, especialmente en las grandes ciudades, como Roma, Alejandría, Antioquía o Corinto que eran muy frecuentadas por cristianos de todas las latitudes, atraídos por la fama de sus mártires y de su origen apostólico. (Álvarez, 2001, p. 171)

A pesar de las dificultades, este era un servicio que prestaban al mismo Cristo, en sus hermanos. Sin embargo, como en toda relación social y de convivencia,

aparecen los abusos, por tanto, fue necesario presentar una carta de recomendación para ser acogido por la comunidad. En la tercera Carta de Juan, dirigiéndose a Gayo, presbítero, reconoce y valora su conducta ante los hermanos y forasteros (3 Jn 1,5), y le recomienda a unas personas para que les ayude, lo exhorta para que siga siendo colaborador de la obra de la Verdad, "el forastero podía gozar de hospitalidad gratuita por espacio de tres días, pero si su estancia se prolongaba por más tiempo, entonces se le buscaba un trabajo para que se ganara su pan" (Álvarez, 2001, p. 172). Didajé da unas recomendaciones para que el huésped entre a ser productivo en la comunidad, y para que aporte a todos los demás:

A todo el que viniere en nombre del Señor, recibidle. Luego examinándole le conoceréis por su derecha y por su izquierda, pues tenéis discernimiento. Al que pasa de camino le ayudaréis en cuanto podáis: pero no se quedará con vosotros sino dos o tres días, si fuere necesario. Si quiere quedarse entre vosotros, teniendo un oficio, que trabaje para su sustento. Si no tiene oficio, proveed según prudencia, de modo que no viva entre vosotros cristiano alguno ocioso. Si no quiere aceptar esto, se trata de un traficante de Cristo: tened cuidado con tales gentes. (Vives, 1971, p. 22)

Según Álvarez, en el siglo III, con la orientación del papa Cornelio (251-253), la comunidad cristiana velaba por viudas y necesitados. En las grandes ciudades y en las zonas urbanas era mayor el número de pobres, por lo que, para poder tener una organización, levantaban una lista de las personas a quienes se asistía, incluidos pobres y forasteros; "en Roma se creó la institución de la 'anona' para la distribución gratuita de grano a los pobres y a los huérfanos" (Álvarez, 2001, p. 177). De igual forma, prestaban atención a enfermos y a personas que iban o venían de las peregrinaciones; de ahí surgieron los albergues.

La hospitalidad es ontológica y social, pues lo que inicialmente nace como decisión de las personas en una relación sagrada —con los hombres y con Dios—, llega el momento de dejar por escrito aquello que se ha vivido, incluso, de presentarlo como código, norma o ley para establecer el orden en las dinámicas socioculturales y relacionales. Pero ¿qué lleva a escribirlo?

Lo que se vive y se recuerda mediante la oralidad, se escribe para guardarlo en la memoria, para que, a su vez, esté presente de generación en generación. El libro del Deuteronomio dice:

Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando. Incúlcalas continuamente a tus hijos. Háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes. Átalas a tus manos como un signo; llévalas en tu frente como una marca; escríbelas en los postes de tu casa y en los portones de tus ciudades. (Dt 6,4)

Escribir para tener siempre presente y dejar camino para las generaciones siguientes. Además, de esta manera también se establecen límites o se indican situaciones particulares o excepciones que ayudan a otros a tomar decisiones con elementos previos; es una forma de ordenar, administrar o gestionar. Por ejemplo, hacer las listas de los necesitados para poder ayudar a todos es algo de carácter administrativo, y claramente necesario. Los primeros apóstoles vieron la urgencia de repartirse el trabajo entre aquellos que podían servir a los enfermos, otros a las viudas, a los huérfanos, de tal forma que la atención pudiera ser más cercana y humana, no despersonalizada y masiva. En algunas cartas de los primeros siglos, como se veía anteriormente, se encuentran recomendaciones para indicar cómo proceder si el forastero va a quedarse mucho tiempo, debe aportarle a la comunidad con un trabajo u oficio. De esta forma, se prevenían de las personas que, acostumbradas al paternalismo, se acomodaban y abusaban de la generosidad de la comunidad.

Los recursos que da la tierra, los bienes materiales y espirituales alcanzan para todos, siempre y cuando se puedan poner en común sin acaparar y, con la fuerza de la donación, al ejemplo del mismo Dios y Señor. Los cristianos no son las obras de caridad, pero sí se les debe identificar por el amor que se tienen y tienen para otros.

Por ello, hospitales, hospedajes, hospitalidad tienen relación directa con las obras cristianas, las obras de misericordia y todas las acciones caritativas que

están en la raíz del amor fraterno, tal como Jesucristo lo hizo por todos. Las comunidades cristianas acogieron a judíos, paganos y cristianos, según esto, es una virtud una dimensión universal; y también una virtud ecuménica, como la definió el papa Francisco en el contexto de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos del 2020, en la que afirmó:

No es un acto de generosidad en un solo sentido, porque cuando somos hospitalarios con otros cristianos los acogemos como un regalo que nos han hecho. [...] Somos recompensados porque recibimos lo que el Espíritu Santo ha sembrado en estos hermanos y hermanas nuestros. (Francisco, 2020, p. 2)

La hospitalidad ecuménica ayuda entonces al encuentro respetuoso y afable entre creyentes.

La hospitalidad como compromiso ético para lograr el desarrollo humano integral

Después de hacer este recorrido por el concepto *hospitalidad*, y conocer esa dimensión relacional y sagrada que se establece entre quien acoge y quien es acogido, este tercer momento toma dos elementos: el desarrollo humano integral y la ética, que realmente están ligados porque son vocación, y responden a una decisión libre y responsable de la persona. Además, para un creyente no son palabras vagas que se reducen a estrategias, tácticas y acciones, son mucho más que esto —aunque se tracen en declaraciones institucionales o gubernamentales—, porque hacen parte del modo de actuar y vivir por la gracia y no solo por el esfuerzo humano.

El desarrollo humano integral propuesto por la Iglesia va más allá de un asunto netamente económico, pues se fundamenta en el Evangelio, la persona de Jesucristo y, por tanto, en la persona humana con todas sus dimensiones, capacidades y posibilidades de promoción. El tejido profundo de este desarrollo humano es la caridad, el amor que se concreta en una manera de actuar que exige salir de sí para ir al otro. El desarrollo humano integral, en palabras del papa Benedicto XVI, en su carta Encíclica *Caritas in Veritate*:

es ante todo vocación y, por tanto, comporta que se asuman libre y solidariamente responsabilidades por parte de todos. Este desarrollo exige, además, una visión trascendente de la persona, que necesita a Dios: sin Él, o se niega el desarrollo, o se le deja únicamente en manos del hombre, que cede a la presunción de la auto-salvación y termina por promover un desarrollo deshumanizado. Por lo demás, sólo el encuentro con Dios permite no “ver siempre en el prójimo solamente al otro”, sino reconocer en él la imagen divina, llegando así a descubrir verdaderamente al otro y a madurar un amor que “es ocuparse del otro y preocuparse por el otro”. (2009, n.º 11)

Entre algunos autores que han aportado a la reflexión del concepto *desarrollo humano*, Max-Neef (1993) propone una matriz con nueve necesidades humanas básicas, y una décima que es la trascendencia. En el listado están: la subsistencia, la protección, el afecto, la comprensión o el entendimiento, la participación, la creación, el recreo u ocio, la identidad y la libertad; además de unas categorías existenciales que ha reconocido como: ser, hacer, tener y estar. Sin entrar a profundidad en esta postura, sí es interesante identificar que estas categorías se ven reflejadas en el ejercicio de la hospitalidad. Cuando las primeras comunidades acogen, no solo dan techo, sino también cercanía, protección y seguridad, mientras se encuentra la forma para que la persona pueda continuar. Así, “ganar su pan” responde a ayudarle a encontrar la posibilidad de salir adelante, se presta ayuda de acuerdo con las capacidades y las posibilidades del contexto, respetando y potenciando las habilidades de quien lo necesita.

De forma análoga, como en los primeros tiempos cristianos, muchas personas e instituciones durante la pandemia han actuado con el criterio de acompañar al otro hasta que esté en condiciones de valerse, ejemplo de esto son las empresas dedicadas al turismo y recreación, que dieron un giro y se dedicaron a la siembra y cultivo de productos agrícolas para que, en medio de las dificultades del país, se respondiera con la alimentación y el ingreso para las familias de los trabajadores; otras cambiaron su producción textil para poder confeccionar implementos de protección para el personal sanitario; las grandes marcas de perfumes del mundo son ahora proveedoras de alcohol y desinfectantes...y así, tantas otras decisiones son ejemplo de esta virtud hospitalaria.

Esta relación entre fragilidad y responsabilidad es definida por Paul Ricoeur como un acuerdo tácito entre “el frágil” y quien puede ofrecerle un alivio. Se trata de un vínculo de confianza, en la que la llamada que nace de la debilidad encontrará una respuesta,

Contemplad a un niño que nace: por el solo hecho de estar ahí, obliga. Lo frágil nos hace responsables. ¿Y qué significa obligación? Esto: cuando lo frágil es un ser humano, un ser vivo, se nos entrega confiado a nuestros cuidados, se pone bajo nuestra custodia. (Ricoeur, 1997, p. 75)

La responsabilidad que genera la fragilidad va mucho más allá de su comprensión clásica de responder por los propios hechos y omisiones, se trata de dar respuesta a la llamada de quien está en necesidad, de quien sufre. También, esta actitud trae consigo dos consecuencias significativas —indica Ricoeur—, por una parte, mueve el centro de la atención de sí mismo hacia el otro (no más *yo* y *mis* actos), sino que es el otro, “el frágil”, quien tiene la prevalencia; en segundo lugar, la llamada de “el frágil” nos orienta hacia el futuro, porque parte de la pregunta: ¿qué podemos hacer por...? Sin duda ayuda a las personas a ser más responsables, en la comprensión clásica del término, al saber que el otro cuenta con nosotros. De igual modo, es importante ampliar la condición de responsabilidad frente al otro, pues “engloba también el mal que no hemos hecho ni hemos contribuido a hacer, pero podemos evitar” (Puyol, 2010, p. 82).

De tal modo, la fragilidad humana trae consigo el llamado a la responsabilidad, vocación que exige respuesta, pues está en la base del reconocimiento de la dignidad humana, que “no vive como tal inscrita en los genes, instalada en el cerebro, pero de la que hemos bebido en tradiciones culturales que hacen de ella la experiencia humanizadora por excelencia” (Cortina, 2017, p. 81). Quien tiene las posibilidades de prestar ayuda, debe ejercer su poder actual como un servicio humanitario, con sabiduría y solidaridad. En tiempos como este, el otro no puede ser extraño, es persona humana, es parte de la familia universal. Los códigos bíblicos de hospitalidad nos dicen, además, que no buscan responder a una situación coyuntural, sino a una relación intrínseca entre fragilidad y

responsabilidad en la condición humana, que puede ser generadora de vida si se basa en la confianza entre quienes están vinculados.

Es un momento para la reconfiguración de las sociedades contemporáneas, en el que la exigencia del cuidado de los más débiles resulta impelente. Al respecto, Adela Cortina denuncia:

En la sociedad contractualista y cooperativa del intercambio se excluye al *radicalmente extraño*, que no entra en el juego del intercambio, porque parece que no puede ofrecer ningún beneficio como retorno. Es ese el pobre en cada ámbito de la vida social. (2017, p. 80)

En un planeta orgulloso de sus dinámicas económicas, científicas y tecnológicas, esta pandemia y el confinamiento social ampliarán más las brechas sociales entre ricos y pobres. Ante esto, la fraternidad como nexo social, inspirada en la compresión cristiana que reconoce a todos como hijos de un único Padre³, puede ofrecer luces a nivel práctico-normativo, pues aporta al cumplimiento de los deberes que se tiene como individuos con la humanidad. Así, se trata de asumir la responsabilidad del otro no solo en cuanto igual, sino en su fragilidad, particularmente en tiempos de crisis, pues es más difícil descubrirse “de la misma sangre” con aquel en condición de desgracia; en palabras de Cortina:

Degustar el valor de la igualdad, sea cual fuere la condición social, la edad, el sexo o la raza, es disfrute que empieza en la infancia, y empiezo por la condición social porque, aunque las Naciones Unidas carguen las tintas en el racismo y la xenofobia como obstáculos ante la conciencia de la igualdad, el mayor obstáculo sigue siendo la *aporofobia*, el desprecio al pobre y al débil, al anciano y al discapacitado. (1998, p. 238)

3 “Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar ‘Rabbi’, porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos. Ni llaméis a nadie ‘Padre’ vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar ‘Directores’, porque uno solo es vuestro Director: el Cristo. El mayor entre vosotros será vuestro servidor” (Mt. 23, 8-11).

La hospitalidad es una acción concreta, pero tiene al mismo tiempo una dimensión trascendente, en la que el cristiano es capaz de reconocer su misma sangre en el extraño; y, en caso de no encontrar nunca un forastero, cultivará siempre dentro de sí un espacio para el diferente.

A modo de conclusión

A la luz de lo anterior, cabe regresar a las preguntas que han dado origen a esta reflexión: ¿cómo comprender la hospitalidad como relación sagrada y compromiso ético en medio de la pandemia y la pospandemia?, ¿puede la hospitalidad ser una de las vías para lograr el desarrollo humano integral, y para un horizonte con sentido?

Lo primero que podemos concluir es que la hospitalidad se trata de una actitud existencial y de vivencia cristiana que va más allá de la acogida al forastero, se refiere esencialmente a abrir un espacio al otro en sí mismo y en las comunidades, particularmente cuando este se encuentra en condición de desventura, de pobreza, de fragilidad. El forastero, el lejano, el desconocido que toca a la puerta trae consigo la presencia misma de Dios, que busca morada en nosotros y, al mismo tiempo, trae todas las gracias propias de la vida con el Señor. En tercer lugar, la acogida implica un desarrollo de las capacidades ínsitas en cada ser humano (tanto de quien acoge como de quien es acogido) para potenciar su autonomía y posibilidad de colaboración en la comunidad, reconociendo su dignidad como igual y como vulnerable.

La distancia física también es existencial cuando el miedo mueve las acciones, la vida cristiana supone ir hacia quien necesita ayuda, pues

es justo por esto, independientemente de sus disposiciones interiores, un hermano de Cristo, es manifestación del mismo Señor (Mt 25, 31-46). Una auténtica 'parusia' de Cristo ocurre en cualquier parte, una persona reconoce y responde al llamado dirigido a su amor, llamado que viene del necesitado que vive junto a él. (Ratzinger, 2005, p. 103)

La necesidad del otro es el llamado que se hace a los cristianos a asumir el compromiso ético con la humanidad, de hacernos responsables frente al otro, y acompañarlo hasta que logre las condiciones básicas para alcanzar su desarrollo integral.

La crisis no es solo el punto más oscuro de la noche, es el momento en el que la luz se empieza a manifestar trayendo consigo todas las preguntas; pero también puede ser una fuente de riqueza. Cuando es necesario separarse de los seres queridos, se evidencia el amor existente; cuando la economía vacila, la solidaridad puede sostener. Acogida y hospitalidad son dos virtudes que pueden iluminar nuestras acciones en tiempos en los que se cierran las puertas, las fronteras, las fábricas, las escuelas; pero se abren las manos, el entendimiento y el corazón para seguir construyendo un horizonte con sentido universal y fraterno.

Referencias

- Álvarez, J. (2001). *Historia de la Iglesia*. Biblioteca de autores cristianos.
- Aranguren, J. L. (2003). La ética y su etimología. *Arbor*, 174(687-688), 591-606. <https://doi.org/10.3989/arbor.2003.i687-688.660>
- Baggio, A. M. (2014). Crisi della democrazia e strategie della fraternità. *Nuova umanità*, 34(216), 453-462.
- Benedicto XVI. (2009). *Caritas in Veritate. A los obispos a los presbíteros y diáconos a las personas consagradas a todos los fieles laicos y a todos los hombres de buena voluntad sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad*. <https://bit.ly/3dKPIVA>
- Cervantes, J. (2005). El inmigrante en la Biblia. En A. J. Levoratti (ed.), *Comentario bíblico latinoamericano* (Vol. I, pp. 227-236). Verbo Divino.
- Codina S.J., V. (22 de marzo de 2020). ¿Por qué Dios permite la pandemia y calla? ¿Es un castigo? ¿Hay que pedirle milagros? ¿Dónde está Dios? *Religión Digital*. <https://bit.ly/2HpmlpW>
- Cortina, A. (1998). *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*. Alianza.
- Cortina, A. (2017). *Aporofobia*. Paidós.

- Francisco. (2015). *Laudato Si'. Sobre el cuidado de la casa común*. <https://bit.ly/37rmynF>
- Francisco. (22 de enero de 2020). *Audiencia general*. <https://bit.ly/3loelYm>.
- Harari, Y. N. (20 de marzo de 2020). The world after coronavirus. *Financial Times*. <https://on.ft.com/3dFxQFU>
- Honig, B. (2010). Antigone's two laws: greek tragedy and the politics of humanism. *New Literary History*, 41(1), 1-33. <https://doi.org/10.1353/nlh.0.0140>
- Kittel, G., Friedrich, G. y Bromiley, G. (eds.). (2002). Crisis. En *Compendio del diccionario teológico del Nuevo Testamento*. Libros desafío.
- Max-Neef, M. (1993). *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Nordan-Comunidad.
- Morin, E. y Kern, A. (2006). *Tierra-Patria*. Ediciones Nueva Visión.
- Nueva Biblia de Jerusalén. (1999) Desclee de Brouwer.
- Ortiz, A. (1973). Un dios miserable en un pueblo demasiado feliz. En *De adanewa a inkarri: Una visión indígena del Perú* (pp. 60-66). Retablo de Papel Ediciones.
- Puyol, Á. (2010). El deber del ciudadano con la humanidad. En V. Camps (coord.), *Democracia sin ciudadanos. La construcción de la ciudadanía en las democracias liberales*. Trotta.
- Ratzinger, J. (2005). *La fraternità cristiana*. Queriniana.
- Ricoeur, P. (1997). Poder, fragilidad y responsabilidad. *Cuaderno Gris*, (2), 75-78.
- Scannone, J. C. (2005). *Religión y nuevo pensamiento. Hacia una filosofía de la religión para nuestro tiempo desde América Latina*. Anthropos.
- Segura, S. (2014). *Lexicón (incompleto) etimológico y semántico del latín y de las voces actuales que proceden de raíces latinas o griegas*. Universidad de Deusto.
- Vives, J. (1971). *Los padres de la Iglesia. Textos doctrinales del cristianismo desde sus orígenes hasta San Atanasio*. Herder.